

## **COMENTARIO DEL DOCTOR ALEJANDRO JIMÉNEZ SOBRE “HITOS EN EL DESARROLLO DE LA NEUROCIRUGÍA EN COLOMBIA**

*Alejandro Jiménez Arango, MD  
Ex ministro de Salud. Exdirector Instituto Neurológico de Colombia*

El distinguido neurocirujano e historiador médico profesor Enrique Osorio Fonseca, nos ha presentado una excelente perspectiva del desarrollo de la neurocirugía en Colombia.

A través de una minuciosa exploración de la escasa y dispersa literatura existente, y por conocimiento directo y entrevistas con quienes han sido parte de esta historia, el Doctor Osorio ha sorteado con éxito el difícil desafío de escribir historia contemporánea.

Desde las trepanaciones realizadas por las culturas aborígenes hasta nuestros días, se presenta un recuento de los hechos principales de la cirugía del sistema nervioso conocida hoy en día como Neurocirugía.

Como el Doctor Osorio lo demuestra, la cirugía del sistema nervioso entre nosotros ha seguido un desarrollo paralelo al que la especialidad ha tenido a nivel mundial, aunque siempre con un rezago significativo especialmente en relación con los países europeos y con los Estados Unidos, en donde esta especialidad adquirió su individualidad y sus particulares características dentro de la ciencia y de la práctica médica actual.

En efecto, los etnólogos nos enseñan que prácticamente todas las culturas primitivas practicaron la trepanación con fines terapéuticos o rituales. Y ciertamente se ha encontrado evidencia de estas prácticas en restos de nuestros aborígenes, particularmente de aquellas culturas en alguna forma influidas por las del litoral peruano, en donde la trepanación tuvo tanto desarrollo y tan frecuente aplicación.

Luego viene un gran vacío que cubre toda la época de la colonia y la mayor parte del siglo XIX, sin que haya constancia o evidencia ni siquiera de que se hubiera llevado a cabo alguna trepanación, operación que se continuaba practicando durante todos los siglos anteriores en los países Europeos, con las mismas indicaciones y con la misma técnica con que se efectuaba en la época hipocrática, según está admirablemente descrita en los tratados de Hipócrates sobre los traumatismos craneanos y sobre la epilepsia.

Viene luego un período que cubre prácticamente un siglo, desde mediados del siglo XIX hasta la mitad del presente, cuando eminentes cirujanos colombianos, ya orientados por claros conocimientos neurológicos y utilizando las nuevas técnicas de la anestesia y de la antisepsia, realizaron las primeras operaciones craneanas que registra nuestra historia médica. Entonces se realizaron las primeras intervenciones para traumatismos craneanos, y

es de recordar la polémica que sostuvo hace algunas décadas el Doctor Alfonso Bonilla Naar, de grata memoria, con médicos de Medellín, sobre quién fue el primero que practicó una trepanación craneana en este país. Estas fueron operaciones ocasionales practicadas por eminentes cirujanos, pero no se puede decir que la neurocirugía como especialidad, hubiera tenido todavía algún atisbo de desarrollo.

Muy bien han hecho el Doctor Osorio y la Sociedad Neurológica de Colombia ( hoy Asociación Colombiana de Neurocirugía) al destacar la intervención pionera practicada por el Doctor Tomás Quevedo en el año de 1894 y que consistió en la extirpación parcial de un glioma cerebral. Sin embargo, habrían de pasar más de cincuenta años antes de que la neurocirugía se estableciera realmente como una especialidad entre nosotros.

Lo mismo ocurrió en Europa, en donde Macewen en 1879 extirpó un meningioma con éxito, y Bennett y Godlee operaron el primer glioma en 1884. Sin embargo, todos los historiadores médicos están de acuerdo en que la neurocirugía moderna nació con Víctor Horsely hacia 1890 cuando describió los primeros 44 casos de operaciones que había efectuado sobre el cerebro y 19 sobre la médula, e hizo conocer a la comunidad médica mundial que la cirugía del sistema nervioso era una especialidad establecida, que requería para su ejercicio una particular preparación en el campo de las ciencias neurológicas y especiales técnicas e instrumentos para su práctica.

Es que la neurocirugía, como muy bien lo recuerda el Doctor Osorio, solamente pudo ser realizada con clara conciencia de la acción del cirujano después de que fueran realizados en el curso del siglo XIX profundos y sólidos estudios experimentales sobre las funciones cerebrales por Ferrier y Hitzig, descripciones anatomopatológicas por Virchow y profundos estudios clínicos por Jackson, Charcot y muchos otros. La cirugía misma solamente pudo ser realizada con alguna seguridad después de que , también en el siglo XIX, tuvieran amplio desarrollo y aplicación generalizada la anestesia y la antisepsia, además de muchos otros procedimientos desarrollados por los mismos neurocirujanos, como la hemostasis.

Horsley en la Gran Bretaña y Cushing en los Estados Unidos fueron los creadores de la moderna cirugía del sistema nervioso, es decir, de la neurocirugía. A sus nombres debemos agregar los de Krause y Foerster en Alemania, de Thierry de Martel en Francia y de Puusepp en Rusia.

Todos estos desarrollos iniciales, con excepción de la obra de Horsley, tuvieron lugar a comienzos del presente siglo. Se caracterizaron por la actividad profesional y por el establecimiento de cátedras y servicios dedicados exclusivamente a la neurocirugía, por el refinamiento en las técnicas y la profundización en la investigación, por la iniciación de la formación de especialistas, y por la continuidad de estas labores hasta nuestros días. A partir de estos pioneros de la especialidad, esta se constituyó en una forma sólida y definitiva y se partió al establecimiento de casi todos los servicios y programas existentes hoy en el mundo.

Por analogía, se puede definir que en nuestro medio la neurocirugía se estableció hacia mediados del presente siglo, cuando llegó al país un número de profesionales formados en el exterior, dedicados exclusivamente a la especialidad y fundadores de los principales servicios de neurocirugía en el país. A partir de la misma época y al igual que los servicios y departamentos de otros países, se inició una muy activa e importante labor docente, dirigida a la formación de nuevos especialistas y que, como lo describe muy bien el Doctor Osorio en su trabajo, dio lugar a la formación inicial o completa de toda una pleyáde de especialistas, que se han distribuido por todo el país, fundadores de nuevos servicios y cátedras y que han hecho de la neurocirugía una especialidad accesible a todos los colombianos en las instituciones hospitalarias de tercer nivel. Es de lamentar, sin embargo, que con brillantes excepciones que el Doctor Osorio describe, la investigación no ha sido, como debiera, uno de los principales ingredientes de esta abundante labor científica.

Quienes podemos tener una perspectiva suficiente para mirar hacia atrás y tener un panorama que abarque el medio siglo de vida que nuestra especialidad ha tenido en Colombia, podemos ver con satisfacción los profundos cambios que se han venido produciendo. Cambios resultantes no solamente del avance de la misma especialidad, que ha dado pasos gigantescos, sino de la misma madurez que nuestros programas han venido adquiriendo.

Todavía vivimos quienes recordamos lo que era la neurocirugía hace medio siglo. Si bien las depuradas técnicas quirúrgicas introducidas por Cushing y por otros permitían el dominio de problemas quirúrgicos tan críticos como la hemostasis, el diagnóstico de la localización, aparte de la orientación clínica, solamente estaba definido por los estudios neumográficos, neumoencefalografía y ventriculografía, ideados por Dandy entre 1918 y 1919 y en el caso de la médula por la mielografía ideada por Sicard y Forrestier en 1922. Más adelante, por la angiografía cerebral introducida por Egas Moniz en 1927. Aunque estos métodos constituyeron un gran avance en el diagnóstico neuroquirúrgico, aún adolecían de gran imprecisión y eran traumáticos y peligrosos para el paciente. Llegaba el neurocirujano a la sala de cirugía, con un diagnóstico frecuentemente muy poco preciso a enfrentarse a una anestesia todavía muy empírica, a un personal auxiliar impreparado y con frecuencia hostil, para dejar al paciente en el posoperatorio en manos inexpertas y pesimistas. No obstante, a pesar de estos obstáculos, la neurocirugía colombiana se estructuró y sentó las bases para su futuro desarrollo.

Que diferencia con la situación del neurocirujano actual que llega con un diagnóstico de localización que logra una precisión milimétrica y con frecuencia una certeza patológica, después de habersele practicado estudios no invasivos y tan exactos como la topografía asistida por computador o la resonancia magnética. Su paciente está al cuidado experto de quienes han hecho de la anestesia neuroquirúrgica una verdadera especialidad, la neuroanestesia, que tiene bajo control múltiples parámetros fisiológicos durante el acto quirúrgico. Opera con métodos tan precisos y tan eficaces como los rayos láser, el aspirador ultrasónico y el aparato estereotáxico; puede monitorear durante la operación funciones neurológicas esenciales mediante los potenciales evocados. Y al terminar la intervención su paciente es conducido a una unidad de cuidado intensivo en donde recibe la

atención más exquisita y continua y el ajuste permanente de todos sus factores fisiológicos.

Ciertamente la neurocirugía ha recorrido un largo y brillante camino entre nosotros. Llega a las puertas del siglo XXI con un nivel científico y técnico no inferior al de las mejores instituciones del mundo. Sin embargo, se enfrenta, como el resto de la medicina Colombiana, a unos patrones rápidamente cambiantes en la práctica médica y a una crisis sanitaria que no permiten formular un pronóstico sobre la forma como la medicina atenderá el desafío social que le presenta una población ávida de servicios médicos y carente de recursos.

No obstante, grandes han sido los logros obtenidos. Y para los neurocirujanos que se inician dentro de la práctica de la especialidad y para aquellos que se formarán en un futuro cercano, el análisis del recorrido de nuestra especialidad, tal y como lo ha mostrado el Doctor Osorio, constituyen un factor de optimismo para la labor que el futuro les encomienda.